

Adelantamos a nuestros lectores el texto que obtuvo el Premio en el Concurso Casa-Cuba 2012. Saldrá impreso en nuestro próximo número.

PREMIO CONCURSO CASA-CUBA 2012

Diálogo, reconciliación y democratización: caminos paralelos

Por Pedro Campos

1-El reconocimiento del problema

La premisa principal para encaminar la solución de cualquier problema radica en el reconocimiento del mismo en toda su complejidad. De manera que lo primero a lograr, es que las partes involucradas se reconozcan en conflicto, en un rompimiento de la concordia en el seno de la sociedad cubana, que impide su desarrollo y bienestar, lo cual demanda una nueva forma de relacionarse.

Puesto que no se trata solo de la reconciliación entre la nación y la emigración, como en un momento se pretendió, sino de la reconciliación de la sociedad cubana, de sus diferentes sectores, internos y externos, es necesario recorrer un trecho que conlleve contactos informales, medidas de confianza y avances democráticos en la sociedad que posibiliten el clima de libertad necesario para que puedan fluir e interrelacionarse todas las posiciones, todos los intereses en un proceso participativo integral.

Para algunos, ese proceso es imposible mientras viva la principal figura histórica del proceso revolucionario. Para otros, la separación oficial de Fidel Castro de los principales cargos del gobierno ha abierto el camino. Para mí ambos enfoques son reduccionistas por cuanto limitan la solución de este grave problema que afecta a toda la sociedad cubana y su desarrollo humano, a lo que pueda ocurrirle a una persona.

La reconciliación y el diálogo tampoco pueden ser impuestos. Surgirán porque las partes decidan participar, y lo harán cuando consideren que les es beneficioso. Y beneficioso en un sentido amplio.

La reconciliación, como la democracia y la libertad, son reales sin lo son para todas las partes, incluidas las minorías, las más débiles. Mientras alguna de las partes, por las razones que sean, desconozca o ignore ese rompimiento o lo minimice, considerándolo parte secundaria de otras contradicciones, el diálogo y el proceso de reconciliación serán simples quimeras.

Por mucho tiempo en las filas del partido-gobierno primó el criterio de que todos los problemas de la sociedad cubana eran derivados de la confrontación imperialismo-nación. Y eran muchos los que siempre vieron en la emigración y en las concepciones políticas e ideológicas diferentes a la hegemónica, un corolario de aquella contradicción, no se le reconocía identidad propia. Hoy todavía algunos sectores dogmáticos y retardatarios del partido, que temen a la democratización de la sociedad, siguen acusando públicamente, sin pruebas, a los que piensan diferente de agentes del imperialismo, de "enemigos", para tratar de aislarlos y desacreditarlos. En su temor por perder el poder, que siempre debió ser de todo el pueblo, se oponen a todo diálogo, a todo proceso de democratización y se convierten así en verdaderas retransas al desarrollo humano del país, que demanda esa reconciliación.

En 1978 hubo un primer acercamiento al tema de la migración, con un nuevo enfoque. Estuvo relacionado con las políticas de derechos humanos del entonces presidente de EE.UU., James Carter, y con el relajamiento del bloqueo norteamericano. Hubo un diálogo con parte del exilio, aunque realmente se intentó hacerlo más amplio. Me consta, pues como funcionario consular, fue parte de mi trabajo. Con la oposición interna nunca se intentó. Siempre se le trató de enemiga, al servicio del imperialismo.

El campo revolucionario -luego de las manifestaciones de desavenencias en los primeros años, algunas de las cuales asumieron formas de violencia y otras, como la llamada Micro-fracción (1968), terminaron en prisión-, siguió sufriendo fracturas en los '70, como el reconocido "Quinquenio Gris" y el cierre de la revista *Pensamiento Crítico*.

Una importante manifestación de desgaje social ocurrió en 1980, con la estampida masiva por el puerto de El Mariel y los sucesos políticos que la rodearon. Pero mayores señales de resquebrajamiento en la sociedad y en el campo revolucionario aparecieron con el período de descomposición de la caída del "campo socialista", con las llamadas Causas No. 1 y No. 2, contra altos oficiales de las Fuerzas Armadas y el MININT, que repercutieron y tuvo otros desgajes en sus filas y la realización del IV Congreso del PCC, que levantó expectativas democráticas y luego quedaron insatisfechas.

Con el llamado Período Especial se agudizaron los conflictos en la sociedad cubana. La oposición cobró fuerza: apareció el "Proyecto Félix Varela" y vino la llamada "primavera negra", con el encarcelamiento de 75 disidentes acusados -en distinto grado- de servir a las políticas imperialistas, mientras que las visiones de izquierda para Cuba, distintas al socialismo estatal, daban destellos en el seno del Partido o en instituciones como el CEA: Centro de Estudios de América.

Los sucesos en el Malecón en el verano del 94, la crisis de los "balseros", el hundimiento del remolcador "13 de Marzo" y el fusilamiento de tres jóvenes que intentaban secuestrar una lancha, fueron los momentos más violentos del enfrentamiento. La caída de la URSS, que dejó sin soporte al "socialismo de Estado" y posteriormente la enfermedad de Fidel y el paulatino eclipse de su liderazgo, pusieron al descubierto y agudizaron todas las contradicciones del modelo estado-céntrico.

El estilo elocuente de Fidel Castro, la identificación ampliamente popular de su figura con los momentos heroicos del proceso revolucionario cubano y el enorme apoyo económico "soviético" del que gozó su modelo de gobierno hasta 1990, eran factores que atenuaban muchas contradicciones latentes.

La burocracia tradicional del Partido, donde prima el viejo pensamiento dogmático de corte neo-estalinista, y el alto mando de las Fuerzas Armadas, por naturaleza autoritario y pragmático, con intereses económicos propios, han tratado de resolver sus diferencias de enfoque sobre la "construcción socialista", en forma negociada; pero de conjunto acentuaron el sectarismo tradicional del partido-gobierno en relación con otras tendencias de izquierda que de alguna manera siempre convivieron en el seno revolucionario y nunca se han considerado opositores, sino impulsores del proceso hacia una mayor socialización y democratización de la economía y la política del país.

En algunos funcionarios del partido-gobierno sigue el maniqueo “*conmigo o contra mí*”, tratando de descalificar las posiciones diferentes, incluida la de una amplia juventud insatisfecha, apercibida de la necesidad de que es necesario “cambiar todo lo que debe ser cambiado”, que apuestan por una amplia renovación de toda la concepción burocrática de socialismo que hasta ahora ha predominado.

La incapacidad del modelo estatalista asalariado y centralizado para salir del bache en que cayó con el llamado Período Especial ha continuado fracturando la sociedad cubana y ha hecho surgir entre la juventud nuevas fuerzas de oposición desde una visión post-modernista, sin una definida orientación ideológica; al tiempo que crece una nueva izquierda anticapitalista y democrática que busca cambios libertarios, junto a nuevas oleadas de trabajadores y jóvenes apartados de los procesos de decisión y beneficio del Estado, una parte de los cuales ha ido a engrosar las filas de la emigración que, así, ha crecido en diversidad, y otra parte permanece en el país, pero cada vez más desentendida y crítica del “socialismo realmente existente”.

Un sector que ha ido creciendo en su conciencia de clase explotada, en el período especial, a consecuencia de la persistencia de los bajos salarios y los altos precios, es la clase trabajadora asalariada. De hecho este sector ha entrado en conflicto con el aparato burocrático, en el cual se desarrolla una puja por el control de los recursos del Estado, o su utilización para beneficios que quedan fuera de los intereses estatales.

Este fenómeno se ha acentuado particularmente en los últimos años, en la misma medida en que se ha ido agudizando la crisis económica cubana, con el crecimiento de las diferencias entre la población trabajadora y el aparato burocrático que ha aumentado sus prebendas, lo cual se ha hecho más visible en el Ejército, a través de mejores salarios, transporte, vacaciones de lujo, tiendas con precios especiales y otras ventajas.

El pueblo, los trabajadores, no son ajenos al crecimiento artificial de estas diferencias que responden al interés del poder en garantizarse el apoyo de los militares. Es la visión de que, ante la crisis, el poder central debe tener garantizado el respaldo de la oficialidad del Ejército, criterio que olvida que el verdadero poder está en el pueblo, sin el apoyo del cual, el más preparado y mejor pagado ejército del mundo es menos que una pizca de sal diluida en un vaso de agua cuando el pueblo decide no seguir soportándolo. El poder militar es válido como defensa de la nación toda, no de una parte de ella. Cuando pierde ese sentido, para convertirse en garantía de un gobierno con intereses parcializados, que responde y beneficia solo a una parte del pueblo, cada vez más minoritaria, está condenado al fracaso, más temprano que tarde, como evidencia la historia hasta nuestros días.

El 2005 fue un año de viraje que posibilitó la aparición de nuevos enfoques sobre el problema de las diferencias. En su memorable discurso de noviembre de ese año en la Universidad de La Habana, el líder revolucionario Fidel Castro dijo que si la Revolución era revertida, no sería por el imperialismo, sino por los propios errores de los revolucionarios y su incapacidad para enfrentar la corrupción y el burocratismo que corroían por dentro el proceso.

Más recientemente, el presidente Raúl Castro expresó con claridad que el principal peligro para la Revolución no era el imperialismo, sino los graves problemas de corrupción y burocratismo que enfrentaba.

Esas concepciones, y su maduración en el seno del gobierno-partido, han ido despejando paulatinamente el camino para que puedan abordarse los problemas de la emigración, la oposición y las diferencias en el seno revolucionario de forma más desprejuiciada y también en su relación con los propios problemas internos de Cuba.

Aun cuando siempre han existido funcionarios y analistas del gobierno y sus órganos especializados que han profundizado en los temas de la emigración y la “contrarrevolución” y muchos han tenido una visión amplia del asunto, más allá de prejuicios políticos, solo ahora existen condiciones para que en las políticas del partido-gobierno haya aparecido un enfoque más integral. En tal sentido están las palabras del propio presidente Raúl Castro al reconocer oficial y públicamente, por primera vez, la importancia de la ayuda económica de esa emigración a sus familiares en Cuba y su impulso a que se manifiesten las diferencias y contradicciones internas.

Estos nuevos matices son los que están permitiendo reconocer al poder que existe una fractura en la sociedad cubana, no solo con la parte emigrada, sino también con un no despreciable sector de la población interna que aspira a una sociedad donde predominen la democracia y el respeto a los derechos humanos y funcione una sociedad civil capaz de influir en los acontecimientos nacionales.

Va quedando atrás el viejo concepto de que todos los problemas de Cuba están derivados del bloqueo imperialista. Y, desde luego sería iluso desconocer que el imperialismo alienta a parte de la disidencia actual y trata de que camine en dirección a sus intereses, pero sería arbitrario identificar toda diferencia con los intereses y las políticas imperialistas. Es imprescindible reconocer que esa disidencia tiene intereses propios y legítimos, como lo son el respeto a los derechos humanos, a la legalidad y la libertad de expresión, asociación, reunión y elección.

Sin embargo, el gobierno de Raúl Castro, que concitó muchas esperanzas en el pueblo para tratar de salir de la crisis en que lo sumió el ultra-centralismo, no ha sabido aprovechar esa oportunidad para socializar y democratizar el poder económico y político, y en cambio ha entregado buena parte del poder civil a los militares, ha concentrado el poder económico en sus manos, y hasta los lineamientos del PCC fueron estructurados fundamentalmente por un grupo de tecnócratas del Ejército. Un militar encabezó el proceso de discusiones y ahora encabeza la “actualización” del modelo económico.

Nadie lo declara, la gente puede temer. Pero en el aparato burocrático del partido hay preocupaciones por esa centralización militarista y entre los diputados de la Asamblea Nacional, porque las medidas de la “actualización” han salido como decretos y no como leyes previamente discutidas en esa instancia. Se ha llegado incluso a violar flagrantemente la Constitución Socialista, en su espíritu y en su letra, con la aprobación de la explotación asalariada por privados, lo cual demandaría un referendo constitucional, puesto que viola su esencia.

De manera que a las viejas fracturas de la sociedad cubana en los años 60-90, en la entrada del nuevo siglo se han incorporado otras que han complicado el panorama de la reconciliación, que no puede plantearse en términos simplistas tales como “entre el exilio y la nación”, “entre la emigración y el gobierno”, “entre los de afuera y los de adentro”, “entre revolución y contrarrevolución” o “entre comunistas y anticomunistas”.

Se ha hecho más que evidente: en la medida en que los mecanismos democráticos son menos usados por el poder en la toma de decisiones, las contradicciones aumentan y se agudizan. Hay por lo menos dos fracturas básicas más en la sociedad cubana actual, que precisan de diálogo y reconciliación: 1-entre la burocracia y los trabajadores asalariados que explota, entre los cuales las diferencias sociales son visibles, y 2-entre las formas de concebir el socialismo y la sociedad del futuro que se enuncia “con todos y para el bien de todos”.

A la vieja manera estatalista-monopólica que sustenta el aparato burocrático del Partido, se enfrenta un enfoque economicista y tecnocrático, también estatalista, defendido por los militares en el poder, que reconoce el fracaso del modelo tradicional y bajo el eslogan de la “actualización” intenta reformas que priorizan la introducción limitada del capitalismo privado; pero no resuelven los viejos y nuevos conflictos. Más bien crean otros.

Es evidente el crecimiento de una visión emergente, autogestionaria y democrática, esgrimida por una amplia nueva izquierda con progresivo respaldo entre los trabajadores, los jóvenes y las bases del propio partido comunista que no se aprecia a sí misma como opositora, sino como parte del proceso revolucionario y que el poder tradicional trata de excluir.

Por tanto, dejemos bien establecido que la fractura de la sociedad cubana no afecta solo a la emigración y a la oposición, llamémosla, tradicional al gobierno partido, surgida de las contradicciones de los primeros años. Otros sectores sociales fueron y siguen desgajándose del tradicional concierto y la llamada “unanimitad”, a causa del fracaso demostrado por el modelo de “socialismo de estado”, por la concentración de las decisiones de todo tipo en manos de unos pocos y la poca participación popular en las importantes decisiones que la afectan, limitada a opinar en procesos verticales. En fin por las debilidades democráticas del sistema político instaurado.

Un elemento importante en la presente coyuntura cubana es que entre todos los sectores en conflicto, ha ido creciendo la conciencia de que los problemas debemos resolverlos por la vía pacífica, de la negociación y el diálogo.

Y esto es válido para el gobierno-partido, donde pierden fuerza los partidarios de la represión; para la oposición tradicional, donde los sectores más agresivos están cada vez más aislados; y para la nueva izquierda socialista y democrática que cifra sus esperanzas en la razón y en el trabajo de influencia y nunca ha pensando en el uso de la violencia para conseguir sus fines.

En medio de conflictos, se aprecia que existe en la dirección del partido-gobierno una paulatina comprensión de que hay un rompimiento de la concordia nacional, que es necesario restañar. Y con esto concuerdan las palabras del actual Presidente relativas a la unidad de la nación y a la necesidad de una mayor democracia en la sociedad. Sin embargo, esas palabras deben ser traducidas en nuevos hechos, más allá de lo alcanzado hasta ahora con la mediación de la Iglesia Católica, que tiene todavía un gran trecho que recorrer.

Entre los elementos que apuntan al crecimiento de un nuevo enfoque en el partido-gobierno que, repito, de alguna manera siempre ha existido entre algunos especialistas, en relación con el problema de la emigración y otros, están el uso –precisamente- de la mediación de la Iglesia Católica para disminuir la presión sobre las llamadas “Damas de Blanco”, la excarcelación de un grupo de presos por asuntos políticos y la visita a Cuba del empresario cubano-americano Carlos Saladrigas y los espacios de debate, limitados, que se permiten por el gobierno.

Claramente, el gobierno se ha comprometido a realizar cambios en las políticas migratorias que tendrán que partir de un nuevo enfoque del problema. Y mírese como quiera mirarse y responda a lo que responda, búsquese la causa –si se quiere- en la crisis económica del gobierno y su necesidad de respiro internacional, en la práctica han sido movimientos con matices de democratización, en un sentido amplio del término, del enfoque político, tradicionalmente unilateral, sectario y cerrado, del gobierno-partido.

Las políticas de la “actualización” del modelo económico, aunque se diga que no habrá cambios políticos, los implican de hecho. Y al respecto hay que decir que en el propio seno de la emigración, incluso entre los hijos del llamado “exilio histórico”, se ha ido produciendo también un cambio de percepción en relación con el enfrentamiento al gobierno cubano. De una actitud mayoritariamente beligerante, que sigue manteniendo la parte más recalcitrante, a la búsqueda de un acercamiento que pueda favorecer los intereses económicos y políticos de esos grupos en Cuba. No es la renuncia a sus objetivos de lograr una sociedad regida por un sistema democrático-burgués, es el cambio en la manera de alcanzarlo.

Y desde luego, no es lo mismo lidiar con alguien dispuesto a buscar sus propósitos de manera pacífica, que hacerlo con quien pretende lograrlo mediante la violencia. Con los primeros se puede conversar, buscar un *modus vivendi* de beneficio mutuo, con los segundos es imposible.

Y es necesario reconocer que ha sido el cambio experimentado en buena parte de la oposición interna que mayoritariamente ha evolucionado al enfrentamiento desde posiciones pacíficas, el que hizo –en buena medida- comprender a ese sector del exilio que la violencia no era un buen sendero para tratar de conseguir sus propósitos, pues más han conseguido por medio de la no violencia.

De manera que en la realidad cubana contemporánea, signada por la crisis del modelo estatista asalariado centralizador de la economía y la política, se está dando una premisa básica para la reconciliación nacional: las partes involucradas, –y hay varios segmentos-, están reconociendo que es necesario superar el desencuentro que divide a la sociedad cubana que está obstaculizando su mejor y sano desarrollo.

Por suerte, la cultura de la violencia predominante en la historia de la formación y desarrollo de la nación cubana, por distintas razones, está perdiendo terreno en nuestra sociedad.

2-Retomar el camino en el lugar desviado

También, para entender un fenómeno cualquiera hay que ir a sus orígenes. Expresan sabios pensamientos, que el camino debe ser retomado en el lugar perdido. La segunda tarea en este empeño sería encontrar el punto de bifurcación, donde se extravió el camino de la armonía nacional, cuando pareció que ya se había alcanzado su nivel más alto y surgieron los primeros signos de descomposición.

El momento más reciente de mayor concordia nacional se ubica en el triunfo de la revolución de 1959 y la derrota de la tiranía de Batista. Salvo el tirano y sus más cercanos colaboradores, parecía que todos estábamos felices y contentos, seguros ya de que íbamos a lograr la Cuba siempre soñada “con todos y para el bien de todos”. Pero ¿qué pasó?

Veamos: La lucha contra la dictadura de Batista tenía como objetivo el restablecimiento de la democracia y del orden constitucional, razón por la cual, contaba con el respaldo casi unánime del pueblo cubano. El núcleo que inició la lucha armada con el ataque al Cuartel Moncada en 1953 y encabezó después la lucha guerrillera, capitalizó aquel amplio respaldo; pero el objetivo que lo había concitado fue postergado y aquellos revolucionarios priorizaron iniciar un loable proceso de reformas económicas con fines de justicia social.

Fue así como se concibieron y ejecutaron las primeras leyes de reforma agraria, la rebaja de alquileres y recuperación de bienes malversados, que por una parte generaron justicia social; pero por otra aceleraron artificialmente la “lucha de clases” sin que se hubieran restablecidos los mecanismos democráticos que la encauzaran pacífica y políticamente. En ausencia de tales mecanismos participativos, los grandes conflictos sociales de los primeros años fueron saldados por la violencia, desembocaron en una verdadera guerra civil y todavía el ciclo de violencia, entonces iniciado, sigue sin concluir.

El gobierno revolucionario de facto, surgido del triunfo de la lucha contra Batista, se ejercía “en nombre de los humildes, por los humildes y para los humildes”, y más tarde, en la medida en que se iban ampliando y profundizando las estatizaciones de la economía, se hacían en nombre de la “clase obrera” y la construcción de una nueva sociedad “socialista”, sin explotadores ni explotados. Los que demandaban elecciones o intentaban mecanismos constitucionales, eran acusados de retardatarios, “enemigos” del avance de la revolución, contrarrevolucionarios o agentes del imperialismo. Fue el inicio de las descalificaciones *a priori*, la ilegalidad y las acciones ilegítimas, en nombre de la revolución, y contra el pensamiento diferente.

Quizás si todas aquella, y otras, medidas de justicia social, se hubieran hecho por un gobierno elegido democráticamente, las consecuencias habrían sido otras y nadie duda de que, entonces, Fidel Castro hubiera sido elegido Presidente con amplísima mayoría. Quizás, también, un modelo más democrático de gobierno hubiera impedido algunas leyes y disposiciones que, en vez de ayudar, complicaron todo el entramado cubano.

La “revolución es fuente de poder” y sus “enemigos” no podían tener acceso alguno a dictar leyes que pudieran obstaculizar el curso revolucionario. Así se entendía. Y el curso revolucionario para los líderes no pasaba por la democracia, sino por el gobierno que imponería la nueva sociedad “socialista”. Era el enfoque prevaleciente entre los revolucionarios y comunistas del siglo XX, que lo veían todo a través de la “lucha de clases entre los obreros y los capitalistas” por el poder político y económico, a través de la formación del nuevo estado revolucionario, “constructor del socialismo”, oficialmente proclamado en abril de 1961.

Estos puntos de vistas han ido evolucionando hacia la recuperación de la visión de los socialistas originales sobre el desarrollo de las sociedades. Y se hace necesaria una digresión: para muchos revolucionarios, comunistas y socialistas contemporáneos, el socialismo en el siglo XXI y sobre todo después de la caída de la URSS y el “campo socialista”, ha cambiado radicalmente aquel enfoque originado en la manera estalinista, que llamaron leninista.

Vemos la revolución social en el cambio en las relaciones de producción, de las asalariadas –que caracterizan la explotación capitalista- a las de tipo cooperativo-autogestionario. Las revoluciones políticas, para cambios de gobierno, no siempre desembocan en revoluciones sociales. La nueva clase revolucionaria no es la clase obrera, sino la de los trabajadores libres asociados que rompen con el sistema asalariado de explotación y portan las nuevas relaciones de producción que se sustentan en la libertad para asociarse, en democracia de la gestión, en el interés colectivo que dimana de la propiedad común y en la justicia que brota de la distribución equitativa de las utilidades.

Para el socialismo post-estalinista, no es una vanguardia la que hace la revolución, sino la nueva clase revolucionaria, al hacer avanzar las nuevas relaciones de producción; y es la democracia y no la violencia la vía hacia la nueva sociedad, la cual no se construye por un plan preconcebido, sino que surge y se viene desarrollando naturalmente en el seno de la vieja sociedad hasta prevalecer el nuevo modo de producción de tipo cooperativo-asociativo, no por imposición, sino porque en la práctica demuestra su superioridad respecto al capitalismo en todos los sentidos.

Vemos al nuevo estado, en su disminución paulatina hacia su desaparición, que ni administra la economía ni tiene funciones distributivas y su papel principal es viabilizar el desarrollo de la economía en función de los seres humanos y la naturaleza, impulsando las nuevas formas de producción sin explotación de unos seres humanos por otros.

Pero esa nueva visión no ha llegado a prevalecer. Por aquella otra vieja y dogmática concepción, que aún pervive en los gobernantes que no han cambiado su mentalidad, todo se veía a través de la lucha de clases por el poder político y económico, y los viejos explotadores capitalistas, extranjeros y nacionales, grandes, medianos y pequeños, fueron expropiados “revolucionariamente” por el nuevo estado, expulsados del poder político, aplastados y aniquilados si hacían resistencia.

El Estado se quedó con todo aquel capital y siguió explotándolo en forma asalariada, con intenciones sociales; pero administrado por una burocracia, con los resultados conocidos. Vieron el socialismo en una mejor distribución voluntarista de la riqueza por parte del nuevo estado dirigido por los comunistas. Se olvidaron de que el modo de producción era la base económica en la que se sustentaba todo el resto de la sociedad. O creyeron que el modo de producción había cambiado cambiando los dueños del capital y del Estado.

“A la violencia contrarrevolucionaria de los ‘siquitrillados’, había que enfrentar la violencia revolucionaria”, cuando en verdad la primera fue esta y no aquella. Solo que las expropiaciones revolucionarias no eran consideradas “violencia”, sino “justicia”. Para esos revolucionarios, a los ladrones capitalistas el nuevo estado debía quitarles todo lo que se habían apropiado explotando a los trabajadores.

Toda esa embrollada concepción de socialismo fue el origen natural de la alianza temprana entre la oligarquía y la burguesía desplazadas del poder con el imperialismo norteamericano. El “anticomunismo” –en verdad anti-estalinismo- existente en la sociedad cubana, encontró fértil terreno. El frágil nacionalismo de la burguesía cubana no pasó de “comprar lo que el país produce es hacer revolución” y no podía pasar de ahí, porque al estatalizarse su capacidad de producción, nada ya tenía que defender en Cuba.

Fue el origen natural del acercamiento de Cuba a la URSS, que se fue estrechando en la misma medida en que aumentaron las presiones políticas, económicas y militares del imperialismo norteamericano contra el proceso revolucionario cubano. Las acciones políticas y económicas de EE.UU. contra el gobierno revolucionario en respuesta a las medidas económicas y políticas de este, y las contra-respuestas de acá, generaron toda aquella tensión.

La explosión del vapor La Coubre, el apoyo estadounidense a los primeros grupos opositores, Girón, El Escambray, los sabotajes y las demás acciones de las fuerzas económicas y políticas desplazadas del poder, la suspensión de la cuota azucarera en el mercado preferencial norteamericano, la negativa de las refinerías a procesar petróleo de la URSS, la declaración del “carácter socialista” de la Revolución, la Crisis de Octubre de 1962 y otros acontecimientos son todos fenómenos interrelacionados que nos fueron trayendo al lugar donde ahora estamos.

El gobierno norteamericano justificó su bloqueo por el totalitarismo del gobierno cubano. El gobierno cubano justificó sus falencias democráticas, con el bloqueo imperialista, sus agresiones y respaldo a la oposición. El “comunismo soviético” no se podía dejar llegar a tierras americanas. Había que hundirlo en el Mar Caribe. Se acudió a todo el arsenal conocido. El enfrentamiento era inevitable.

Paralelamente, como parte de la unión del pueblo, proclamada y buscada, para enfrentar la creciente oposición de todas esa fuerzas económicas y políticas desplazadas del poder, se fue creando el mito del respaldo casi absoluto del pueblo en torno a los problemas principales de la nación, especialmente respecto al sistema económico-social y político impuesto en nombre del antiimperialismo y el socialismo.

Ya para 1965, cuando se designa el Comité Central del PCC, y a pesar de algunas diferencias en cuanto a maneras de entender la “economía socialista”, se puede decir que había triunfado claramente, en lo esencial, la concepción neoestalinista del socialismo como un modelo estatal-centralizado que administraba económica y políticamente el Partido Comunista, bajo el sistema político de la “dictadura del proletariado”. A partir de entonces surgen y se desarrollan otros conflictos entre centralización y descentralización, burócratas y trabajadores, comercio externo e interno, dependencia económicas externa vs independencia política, salarios y precios que generan nuevas contradicciones y crisis que obligan a nuevos enfoques y a retomar el análisis histórico en busca de las causas profundas de los problemas.

Prácticamente desde los primeros años del triunfo de la Revolución, los gobernantes cubanos han identificado como contradicción principal y casi única, que afecta a la sociedad cubana, el enfrentamiento a la potencia imperialista extranjera, buscando –precisamente-, mantener la cohesión de la nación ante ese “enemigo externo”.

Pero sin negar la existencia de esa contradicción externa, en verdad las contradicciones fundamentales que acusa la sociedad cubana son de orden interno. Fueron iniciadas en el transcurso de este convulso período que se inició en 1959 con el traspaso del poder político y económico de una oligarquía, a otra minoría que lo ejercía, en su opinión, para bien del pueblo y los trabajadores. Y no es menos cierto que en alguna medida fue así, especialmente con respecto a la educación y la salud públicas, deterioradas en los últimos años.

Pero esa nueva manera de gobernar, a través de una "dictadura del proletariado", trajo otras contradicciones que salieron a flote, con todo su peso, cuando cayó en crisis irreversible el modelo burocrático de dependencia económica externa, a la caída de la URSS y el "campo socialista".

Desde entonces se hizo evidente la falacia de la auto sustentación económica del modelo estatista, cuando fueron tomadas distintas medidas económicas que contradecían sus postulados, para enfrentar la crisis, que suavizó, pero nunca compensó, la ayuda de Venezuela y su petróleo.

Desde el ya citado discurso de Fidel en la Universidad, pero sobre todo a partir de la llegada de Raúl Castro al poder, por la enfermedad de su hermano, se empezaron a manifestar abiertamente las críticas al modelo neoestalinista desde las propias filas del proceso revolucionario y las propuestas de soluciones, a partir del análisis de las contradicciones del sistema estatista centralizado.

Paralelamente, la oposición tradicional, que el imperialismo siempre ha tratado de usar en función de sus intereses, empezó a ganar espacio desde el enfrentamiento pacífico, y el gobierno, acostumbrado al poder absoluto incontestable y a sofocar por la violencia cualquier oposición, no comprendió temprano el cambio de los tiempos y su reacción inicial fue la represión y el encarcelamiento.

Ya oficializado el gobierno de Raúl Castro por la Asamblea Nacional del Poder Popular, estimuló un amplio debate nacional sobre los problemas del país a raíz del VI Congreso del PCC, y empezó una serie de reformas económicas que ha dado en llamar "actualización". En los discursos del Presidente y en las propias acciones de su gobierno se evidencia la comprensión de que el viejo modelo estatista debe ser reformado. Lo que se discute fundamentalmente es el alcance de las reformas y las velocidades de aplicación.

Cada día se hace más evidente que en este mundo capitalista globalizado y profundamente egoísta los cubanos tenemos que arreglarnos con nuestros propios esfuerzos y que ello demanda la cohesión, en la diversidad, de toda la sociedad cubana, sin exclusiones.

Hay que reconocer que, paralela y discretamente, el nuevo gobierno ha venido realizando una limitada apertura al pensamiento diferente de izquierda y dadas las complicaciones internacionales que trajeron algunas acciones represivas contra la oposición, con la mediación de la Iglesia Católica, liberó a todos los presos del llamado grupo de los 75 y aflojó algunas presiones sobre grupos opositores.

No es que la oposición ande ahora libremente por las calles; pero es incuestionable que la represión ha pasado a métodos menos violentos. Insuficiente ante una oposición que en su mayoría ha asumido el enfrentamiento pacífico y parte de la cual ha reconocido que los problemas de Cuba deben resolverse solamente entre cubanos, sin injerencia extranjera.

La Iglesia Católica, interesada en ampliar su influencia en el país, no solo ha servido de mediadora, también trata de lograr concesiones del gobierno que le permitan un mejor despliegue de lo que considera su función social. En ese camino ha recibido críticas por acciones o expresiones que podrían afectar su papel mediador, pero cualesquiera que hayan sido sus "errores", lo importante es que ha emergido como un interlocutor reconocido, que puede ayudar al diálogo y la reconciliación que necesita el pueblo cubano, a rescatar el respeto de todos por todos.

Estos hechos vienen demostrando que los problemas surgieron en el punto donde se perdió el camino democrático, que debe ser retomado y que en la medida en que las formas democráticas son más o menos respetadas, se acentúan o atenúan los conflictos.

3-El reto y el sendero a seguir

El reto es enorme. Los prejuicios son grandes. Los odios y los rencores por hechos de sangre no se pueden menospreciar. Las deudas contraídas no son pequeñas. Los daños infligidos a las otras partes no pueden minimizarse. Hacen falta grandes dosis de perdón y disculpas. Hace falta entereza moral; tolerancia; reconocer errores, disposición a vivir en paz. Hace falta el diálogo.

¿Pero cómo llegar a él cuando no existe un clima propicio, cuando hay un absoluto control estatal sobre los medios de divulgación, cuando se niega la libertad de comunicación, expresión, reunión, prensa y asociación, cuando se criminaliza el pensamiento diferente, cuando el poder hegemónico no está dispuesto a dialogar siquiera con su propia izquierda, cuando el propio gobierno socialista viola el sentido socialista de la Constitución vigente?

Hay que romper esos hielos, desde el respeto a los demás. Hay que insistir en que respeten todos los derechos humanos de todos y no solo una parte de ellos para una parte de la población. Hay que insistir en que el gobierno acabe de ratificar los pactos internacionales de derechos humanos y los implemente en su legislación.

Y hay que huir de la violencia que solo engendra más violencia. No podemos cerrar los ojos ante nuestra propia historia de violencias y contra violencias. El ciclo debe darse por cerrado o enfrentamos un peligro mayor: la perspectiva de que la nación cubana desaparezca ante una eventual intervención extranjera que podría aprovecharse de cualquier cisma que no seamos capaces de evitar.

Los partidarios del Socialismo Participativo y Democrático no queremos imponer nada, ni nos interesa el método de imposición. Sí, desde luego, deseamos poder influir en el desarrollo de los acontecimientos, por lo que creemos es el bien para todos y no para nosotros o una estrecha parte del pueblo, pero desde la visión colectiva, democrática. Es la historia la que decide.

Y si queda claro que aspiramos a una sociedad sin explotación de ningún tipo, también así resulta que no pretendemos imponer por la fuerza el cooperativismo sobre el trabajo asalariado del capitalismo, como nos endilgan algunos interesados en desvirtuar nuestra propuesta, por cierto plenamente concordante con la doctrina social de la Iglesia Católica,

Para nosotros las nuevas relaciones de producción de tipo cooperativo-autogestionario han ido creciendo dentro del propio sistema capitalista y se impondrán no por obra de decisiones arbitrarias de los seres humanos, sino porque responden más a los intereses generales de la humanidad. Pero desde luego, creemos que hay que crearle las condiciones legales, jurídicas, económicas y participativas adecuadas para que puedan desarrollarse.

Tratamos de exponer nuestros puntos de vista, en diálogo, sobre la situación actual de acuerdo con nuestra perspectiva. Sugerimos vías, caminos, para despejar la violencia en todas sus formas y en todas sus variantes, para alcanzar una Cuba, como la soñó Martí, "con todos y para el bien de todos", la casa de todos los cubanos, no independientemente, sino en interdependencia y armonía en sus credos, ideas políticas, etnias, géneros, preferencias sexuales, edades, intereses y cosmovisiones.

¿Y qué mejor manera puede existir, para conseguirlo, que el restablecimiento de la participación democrática de todos los ciudadanos en las decisiones que los afectan?

¿Y no sería eso, sino retornar al lugar del camino donde se perdió, en el restablecimiento de un sistema democrático, que lógicamente ya tendría que responder a otras condiciones porque el mundo ha cambiado, las comunicaciones se han desarrollado, los saberes se han expandido?

¿No sería precisamente el pleno respeto a los derechos democráticos del pueblo cubano, y no solo a una parte de él, lo que permitiría el más amplio diálogo, reencuentro y reconciliación entre los cubanos? Son fenómenos interrelacionados que deben avanzar en paralelo.

¿Y qué permitirá qué? ¿El diálogo y la reconciliación, la democracia; o la democracia, el diálogo y la reconciliación? ¿O será que tendrán que ir de la mano? Son evidentemente caminos paralelos que hay que ir desandando, que no se van a dar de una vez, sino como proceso, como en la práctica ha venido sucediendo, con pequeñas y grandes acciones y medidas.

Puesto que sin un adecuado clima de confianza, de transparencia, de democracia es difícil sino imposible el diálogo, la reconciliación; como difícil, imposible, parece llegar a establecer un ambiente democrático, sin diálogo y sin reconciliación. Una democracia con todos los derechos restablecidos, que tendría necesariamente que ser verdaderamente participativa, donde todos de verdad intervengan y decidan, una democracia donde no sean unos pocos elegidos los que representen y decidan en nombre de las grandes mayorías. Una democracia nueva, de verdad con todos y por todos.

Y una democracia realmente popular nunca va a negar los logros justicieros de estos años, nunca va a negar el valor de los que lucharon por la justicia toda, aunque reconozca sus errores y desaciertos. Es verdad que unos más que otros somos partidarios de andar más rápido esos caminos. Pero lo que no puede perderse es la perseverancia y la esperanza. Ninguna imposición es buena, ni siquiera la imposición de algo que se considere positivo. Todo debe fluir por necesidad propia, con presiones sí, con exigencia de derechos también, pero sin imposiciones a nadie.

En cualquier caso se ha empezado; pero no sigamos difiriendo el reencuentro, la reconciliación, ni la democracia. Mientras no lo logremos las familias divididas seguirán sufriendo y las posibilidades de desarrollo integral y autónomo de los cubanos y cubanas, seguirán limitadas.

Está claro: el pleno respeto a los derechos humanos, a las libertades de expresión, prensa, asociación, reunión y elección, crearían el clima propicio para que de forma natural, paulatina y pacífica, todos los conflictos existentes se vayan resolviendo, acomodándose, el diálogo fluya y la reconciliación se concrete de forma natural y pacífica.

Y no se trata, como algunos dicen, de devolver las propiedades confiscadas al capital nacional o internacional, sino de crear condiciones para que esa propiedad que concentró el Estado, se convierta en social, sea administrada en general por los colectivos laborales y sociales o por personas individuales; pero con un nuevo sentido social y en un marco de plena y verdadera democracia directa y participativa.

Para avanzar en el proceso se podría establecer un grupo de medidas de confianza, como la renuncia al uso de la violencia por parte de todos; desechar los vituperios y el lenguaje descalificativo; reconocer plenamente los derechos de expresión, prensa, reunión, asociación y elección, hacer una ley de prensa responsable; empezar un proceso de consultas para hacer una reforma de la ley electoral; remover algunos artículos constitucionales obsoletos y contraproducentes; ratificar los pactos de derechos humanos y hacerlos efectivos en la ley cubana, y otros por el estilo.

Lo importante es que hemos echado a andar.

La Habana, julio de 2012

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org
o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: P. Yosvany Carvajal, Roberto Veiga y Lenier González.

Diseño: Ballate